

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 30

EL SECRETO DE LA MINA

15 cts.



... lanzando un terrible alarido al desplomarse del caballo...

EL SECRETO DE LA MINA

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

I

CARENTA años antes aquella ciudad de tan inmensas fábricas, numerosos talleres y espléndidos comercios era una vasta llanura, en la que se extendía la mancha oscura de frondosos bosques, lozanas huertas y verdes campos; en esa extensión, apenas si vivían dos o tres centenares de personas, en humildes y dispersados caseríos, dedicados a las rudas y sanas tareas del campo y la ganadería.

En tan corto período de tiempo se había, pues, operado una prodigiosa transformación y lo que en época reciente constituía un paraje de bucólica y agreste belleza, formaba una laboriosa colmena en la que se entonaba diariamente un hermoso canto al trabajo...

Pero en ella abundaban también los otros en los que los hombres dedicados al servicio de la justicia tenían frecuentes ocasiones de demostrar sus deseos de cumplir con el deber que les imponía el cargo que desempeñaban, buscando, persiguiendo y capturando bribones de toda ralea.

Era ésta precisamente la profesión a que anhelaba dedicar todas las fuerzas de su ser y la energía

y la bravura de su corazón Ward Austin, un arrogante y guapo mozo de unos veintidos años.

Acuciado por ese deseo se presentó aquella mañana en el severo edificio destinado a la Jefatura de policía, de la que su hermano Ben era el principal funcionario.

—Avisé usted al delegado Stanley que quiero hablarle inmediatamente—dijo a un hombre vestido de uniforme que encontró a su paso, y al cual, como le conocía, le hizo un respetuoso saludo.

Cuasi momentos después Ward Austin era recibido en un austero despacho por uno de los policías más sagaces e inteligentes de aquella ciudad.

Senzando al recién llegado, el hombre de la policía le dijo a modo de saludo:

—¡Ya sé la intención que le impulsa a usted a visitarme!

—Tal vez... y supongo que esta vez me complacerá usted, ya que mi hermano se halla ausente.

—Así es, en efecto; su hermano y querido y respetado jefe mío no ha regresado todavía del viaje que emprendió hace ocho días siguiendo el rastro de unos pájaros de cuenta, pero yo tengo bien presen-

las mis opiniones y voluntad respecto a lo que usted quiere...

—Yo le ruego encarecidamente que me proporcione ocasión de intervenir en algún asunto, por difícil y peligroso que sea... Y luego que yo demuestre mis aptitudes, mi hermano no tendrá más remedio que aceptar y apoyar mi ingreso en la cohorte policíaca.

—Lo siento mucho, amigo mío—repuso el delegado Stanley—, pero me guardare yo de hacer nada, ni mover siquiera un dedo, sabiendo que he de disgustar a mi jefe...

En aquel momento llamaron a la puerta y abriéndose esta penetró en el aposento un agente policíaco anunciando:

—Mister Austin acaba de llegar!

Inmediatamente que fueron pronunciadas estas palabras, la esbelta y atlética figura de un hombre que tendría unos treinta años penetró en la estancia.

Sus severas facciones animólas una sonrisa de alegría y brillaron sus ojos con un fulgor entre júbilo y burla.

—¿A qué advino el tema que estaban ustedes tratando, querido Stanley?—preguntó con acento afable acercándose a los dos hombres.

Y añadió golpeando amistosamente el hombro de Ward:

—¿Verdad que tu presencia aquí obedece al deseo de figurar en una de esas proezas en que intervienen justicia y ladrones?

—¿Por qué negarlo? No deseo otra cosa con más vehemencia, y tú, querido Ben, hoy mismo vas a hacer que, por fin, mis aspiraciones se vean cumplidas...

Obscurecíse el severo y autoritario semblante del jefe superior de la policía, y opuso:

—Te quiero demandado, mi buen

Ward, para que hoy, o mañana ni nunca consienta en que conozcas los horribles peligros que corremos a veces cuantos ejercemos la misión de liberar a la sociedad de malehechores y burlones de toda paz...

—Y tú debes acatar sumiso y resignado mi voluntad... a menos que no hayas olvidado la promesa que hicieron mis labios a nuestro agonizante padre... Esa promesa consistía en velar por ti, en protegerte del modo más eficaz... ¿Lo recuerdas?

Ward, cuyo guapo rostro había ensombrecido y adolorido el penoso recuerdo que había despertado en su memoria las palabras de su hermano, hizo con la cabeza gestos afirmativos.

—¿Crees tú, pues, que si yo, olvidando aquella promesa y accediendo a tus obstinados ruegos, permitiese tu ingreso en la policía, y luego pereceras en un percance, a manos de un desalmado, podría vivir un solo día sin abrazarme los sesos de un pistolazo?

Siguió a estas palabras un emocionante silencio. Ward Austin, hondamente afectado, bajó la cabeza, y su hermano, que se hallaba de pie a su lado, rodeándola el cuello con el brazo diestro, añadió con voz algo insegura, por la acendrada ternura que en aquel instante embargaba todo su ser:

—¿Quieres hacer tú también una promesa, pero una promesa solemne? Con ella me proporcionarás un sosiego inmenso...

—¿Qué deseas de mí, Ben?

—Una fruslería al fin de cuentas! Prometeme, por la memoria sagrada de nuestro padre, no pensar en tres años, hasta que cumplas los veinticinco, en ejercer la profesión en que yo he hallado fa-

ma, bienestar y satisfacciones nobles y elevadas, poniendo en peligro la vida con tanta frecuencia...

«Cuando seas mayor de edad, si continúas sintiendo tanto entusiasmo como hoy para luchar por el Bien y la Justicia contra el Mal y el Crimen, entonces podrás realizar tus aspiraciones...

«Pero dabo advertirte que el perseguir y cazar maldades es mucho menos sencillo y hermoso de lo que a ti se te antoja por haberlo leído en las novelas...

«¿No es verdad, amigo Stanley?»

—preguntó sonriendo el jefe de la policía.

— ¡Absolutamente verdad, mi estimado jefe! ¡Otra vez llaman a la puerta!—exclamó—. ¡Adelante!

El mismo agente que anunciara unos minutos antes la llegada de Ben Austin, volvió a comparecer diciendo:

— ¡Dos hombres desean hablar con usted, mister Austin!

— ¿Quiénes son?

— ¡Por la apariencia parecen cow-boys o algo semejante!

II

Eran algo peor aquellos dos hombres, a quienes la realización de un plan tenebroso había sugerido la idea de personarse en una ciudad distante varias decenas de miles de las montañas donde vivían cometiendo toda laya de desafueros e infamias, con tanta suerte, que hasta entonces no habían tenido que rendir cuentas a la justicia.

Uno de ellos se llamaba Alex Holth, contrabandista tan audaz como arrojado y astuto. Su compañero en tan aventurero y arriesgado oficio respondía al nombre de Barney Simps.

Ambos eran a cual más robusto y fuerte. Sombrecaba el labio superior del primero un leve bigote negro.

Digamos lo que hablaron antes de solicitar una entrevista con el jefe de la policía, y por sus propias palabras deducirán nuestros lectores la perversa intriga que urdían.

Apenas llegaron junto al edificio policíaco uno de ellos dijo:

— ¡Nada más tenemos que hablar! El asunto está bien calculado y meditado, y por fuerza ha de suceder todo a la medida de nuestros deseos.

«Ahora tú, compadre Holth, entras en esa madriguera de polizontes y refieres al jefe la cosa del modo ya convenido... Yo te esperaré aquí...

— Creo preferible y más conveniente que subamos los dos a hablar con el jefe de la policía?

— ¡Bah! ¡Tú tienes unas explicaciones inmejorables... y para nada me necesitas a mí!—se excusó Simps.

— Recelo que tengamos un percance...

— ¡Con estas salimos ahora!—exclamó aquél con los ojos relampagueantes de ira—. ¡Cuernos de Belcebú!... No intentes volverte atrás

después de haber hecho un viaje de más de doscientas millas.

— ¿Quién habla de volverse atrás? ¡Barruntar un peligro no equivale a tener miedo, amigo! — declaró Holth sonriendo con mofa.

— ¿Pero qué peligro puedes tú ofataar? Per Júpiter! ¡Si la cosa no puede ser más sencilla! Aunque el jefe de la policía fuese más desconfiado y astuto que el mismo diablo, se creería nuestra táctica!

— Ea, robamos los dos!

Esto diciendo, el bergante Simps hizo ademán de echar a andar hacia la entrada del edificio...

Pero su amigo lo retuvo cogiéndole un brazo y diciendo:

— ¡No vayas tan de prisa! ¡Pongámonos bien de acuerdo!

— ¡Ya lo estamos! — declaró rápidamente Simps.

— ¡Cierto es! Entre los dos no puede haber ni chispa de desavenencia! — corroboró Holth. — Por lo tanto, vamos a suponer que logramos convencer al jefe de la policía y traiga la píldora. Entonces lo más probable es que envíe a nuestra tierra a un sabueso para averiguar si nuestra denuncia es falsa o verdadera...

— ¡Así, poco más o menos, deben ocurrir las cosas! — dijo Simps.

¡Y así nos conviene que ocurran!

— ¿Nos conviene?

— Sí.

— Convéncete de ello, y si lo consigues desaparecerán los recelos y temores que todavía abrigo respecto al éxito de nuestro plan.

— ¡En pocas palabras voy a complacerle! Demos por descontado que un policía, acompañándonos a nosotros, haga sobre el terreno las pesquisas necesarias. Pues bien, ese policía resultará herido de un balazo...



...el gracioso perro se sostenía en dos patas...

— ¿Quién le disparará el balazo?

— ¡Fayette, el temible dueño de la mina de oro que merced a la estratagema maquinada por los dos, pronto será nuestra!

— ¡Ahora falta saber si Fayette se atreverá o no, para defender su libertad, al verse injustamente acusado, a emplear el revólver!

— ¡Eres más torpe que una avutarda! — le reprochó a Holth su compadre. — No será Fayette el que haga fuego contra el policía, sino esta cura que te habla. ¡Menda! Pero las autoridades acusarán a Fayette, y nosotros también, y Fayette será apresado y condenado a unos cuantos años de cárcel.

— ¿Comprendes ahora?

— ¡Sí, sí! La verdad es que tu plan no puede ser más sencillo... ¡Pero lograremos engañar y hurlar a la justicia!

— ¡Sobre esto no me cabe ni sombra de duda!

— Es que la justicia tiene vista de lince y si por una desgracia llegásemos a infundirle sospechas, entonces, quizás en lugar de la mina de oro de Fayette lo que consigamos sea una corbata de cáñamo que nos estreche el gaxnate.

—¿Qué disparates se te ocurren hoy? ¡Tú no eres el audaz y formidable Holth! ¡Eres otro! ¡Ira del cielo! Ahora me arrepiento de haberlo enterado de la riqueza que posee el bursátil Fayette y revelado la manera de hirlársela!

«A cualquiera que hubiera solicitado su ayuda en este asunto, me la habría brindado con radiante júbilo... pleno el corazón de coraje y de entusiasmo.

—¿Como lo está el mío, querido Simps! — afirmó el contrabandista Holth—. ¡Interpretas mal mis palabras, pues ellas no significan ni que retroceda ni que me arrepienta!... ¡Al contrario! Estoy decidido a llevar a cabo esta empresa que nos ha de proporcionar una mina de oro nada menos, una riqueza fantástica tal vez... ¡Me he jugado tantas veces la vida por un mezquino puñado de dólares!... ¡Pero me gusta

meditar y discutir sobre los peligros de una aventura antes de embarcarme en ella!

«Aa!, por ejemplo, en la que estamos ya acometiendo, tú has de desempeñar el papel de agresor o de malador de un pajarero policiego, ¿no es cierto?

—¡Sí y no! — repuso Simps—. Mi certero pulso lo herirá, pero no de gravedad! ¡Ya sabes que tengo una puntería maravillosa y que clavo una bala donde quiero! Mi mano, pues, será la que manejará el revólver; pero la misma víctima creará rotundamente que Fayette quiso matarlo!

— ¡Basta! ¡Entendido y aceptado y aprobado todo! ¡Manos a la obra!

Y esta vez fué Holth quien encaminó sus pasos hacia la Jefatura de policía.

III

Por encargo de Ben Austin, el delegado Stanley encargóse de recibirlos.

Apenas estuvieron en su presencia los dos malandrines, examinólos con fría y penetrante mirada, preguntando:

—¿Qué desean ustedes?

—Ver y hablar al jefe de la policía — respondió Holth.

—Díganme a mí el asunto que les trae a esta casa — invitó el delegado.

—Se trata de denunciar un delito — adelantó Simps.

—¡Adelante! ¡No se interrumpe

usted! ¿Qué más? — inquirió Stanley con acento autoritario—. ¿De qué delito se trata?

—¡De un robo muy importante!

—¿Dónde se ha cometido ese robo? ¿Y cuándo y quién lo ha cometido?

—Muy lejos de aquí y hace varios años... — respondió Simps.

—¿Fue desbarbado, detenido y castigado su autor?

—No...

—¿Lo conocen ustedes?

—Sospechamos quién fue el ladrón — dijo Simps.

—¡Venga su nombre!

—¿Danton Fayette?

El policía escribió ese nombre con un lápiz en una hoja de papel, y luego, sin dejar de escrutar con sus avizoras pupilas a los dos denunciadores, volvió a preguntar:

—¿En qué lugar ocurrió la fecha-
ría a que ustedes se refieren?

—¿En Twin Star y hace poco más
de cinco años? ¿Lo recuerdo perfec-
tamente?

—Reside el hombre a quien us-
tedes denuncian en aquella comar-
ca?

Los bribones hicieron un gesto
afirmativo.

—¿Pueden proporcionarme algún
informe más concreto, más preciso,
más evidente sobre la culpabilidad
de ese tal Fayette? ¿No? —añadió al ver que los denunciadores,
luego de cruzar entre sí una mira-
da interrogadora, hacían con la ca-
beza gestos denegativos.

«Por lo tanto, se trata de una
mera sospecha... de una convicción
moral, ¿no es cierto? ¿Son ustedes
amigos de Fayette?

—No por cierto! Es un hombre
tan burdo como peligroso que tie-
ne siempre el rifle al alcance de la
mano y espas de pegarle un bala-
zo al lucero del alba por un quí-
tame allá esas pajas! — declaró
Helth.

—¿Entonces son enemigos?

—Tampoco!

—¿Así, pues, les ha traído a us-
tedes aquí un sentimiento de ren-
cor, no de odio ni de venganza?

—¡Hemos venido — dijo Simps —
con el único y exclusivo fin de ayu-
dar y servir a la justicia!

—¿Plausible y noble impulso? —
alabó el delegado Stanley con cierta
ironía—. ¿Residen ustedes en
Twin Star?

—Sí.

—¿Déjame sus nombres?

La digna pareja de calumniadores
declaró cómo se llamaban y Stan-
ley lo anotó en la hoja de papel don-
de ya había trazado algunas obser-
vaciones.

Seguidamente se puso en pie.

Tengan la bondad de esperar
aquí unos breves instantes mientras
yo me entrevisto con mi superior
mister Austin, el jefe superior de
policía.

Pronunciadas estas palabras atan-
donó el despacho con presteza.

Apenas quedaron solos, Simps di-
jo con voz más débil que un soplo,
apenas perceptible:

—¡Ni una palabra, ni un gesto,
Helth!

Con igual tono y algo alarmado,
esto inquirió:

—¿Por qué?

—Podría ser que alguien nos es-
piase en que lo vean nuestros ojos
y que un aparato acústico que tam-
poco podemos ver recogiese nuestras
palabras... — repuso el astuto Simps
con una voz que apenas la percibía
el cuello de su camisa.

No hubieron de impacientarse
mucho esperando. A los pocos ins-
tantes regresó el delegado Stanley
y les dijo:

—Ya pueden ustedes retirarse!
Dentro de cuatro días bajará en la
estación de Twin Star el mismo je-
fe de la policía... y confía en la
ayuda de ustedes para desemba-
razar al culpable...

Simps se apresuró a declarar:

—¡Esperaremos su llegada para
ponernos desde el primer momento
a su disposición!

Entonces nada más tengo que
decirles a ustedes, como no sea dar-
les las gracias por el interés y las
molestias que se han tomado por el
triunfo de la justicia, y asegurar-

les que ambos serán debidamente recompensados...

Diego, esto a modo de despedida, dio un apretón de manos a los bergantes y apenas vió que la puerta se cerró tras ellos, murmuró:

— ¡Qué pareja de malinas! ¡Advertiré a mi jefe que no se fie de ellos!

IV

Al día siguiente Ben Austin subió en el tren que, cruzando pueblos y ciudades, atravesando llanuras áridas o cubiertas de un mar de verdor, salvando montañas, necesitaba varios días de continua y



... cambiaron una mirada plena de amor...

EL SECRETO DE LA MINA

Interpretado por el famoso cow-boy LEO MALONEY



... le señaló sin el menor titubeo...

rápida marcha para llegar a la estación de Twin Star.

Su hermano Ward salió a despedirlo, y segundos antes de que el monstruo de hierro y de fuego iniciara la marcha, abrazándolo afectuosamente, le recomendó:

— ¡Ten cuidado, querido Ben! Por lo que sé del móvil que persigues haciendo este viaje, se trata de desenmascarar y echar el guante a un sujeto de carácter rudo y salvaje...

«Sé prudente y no creas que esa clase de malhechores obedecen a la justicia con sólo sentir en el hombre la mano de un policía que les diga: «¡Alto! ¡Queda usted detenido!»

Sonrióse con bondadosa indulgen-



... acudieron solícitamente a su lado...



... quedaron entrambos sujetos sobrecogidos...

cía y visible ternura el famoso y sagaz jefe de la policía, respondiendo:

—Querido Ward, quédate tranquilo y durante mi corta ausencia, para que no altere tu sosiego el pensar que a mi puede ocurrirme un percance, te aconsejo que no leas ninguna novela policíaca...

Un penetrante silbido de la locomotora puso fin al coloquio de los dos hermanos. Rechinaron los frenos del tren, percibiéndose el choque de los topes de los vagones, y el largo convoy se puso en marcha lento y resoplante al principio, esparciendo en el aire un denso penacho de humo.

V

Como transcurrieran varios días sin que en su domicilio particular ni en la Jefatura de policía se tuviese noticia alguna de mister Austin, Ward sentíase invadido por una angustia creciente.

Si tampoco esta mañana se sabía nada — se decía mientras encaminaba sus apresurados pasos hacia el imponente edificio —, esta misma tarde me pongo en camino hacia Twin Star.

Pero este propósito no llegó a cumplirse porque cuando subía la amplia escalera de mármol que conducía al despacho del delegado Stanley, éste bajaba por ella y le dijo:

—¡Su hermano ha llegado, querido Ward!

El guapo rostro de éste resplandeció de júbilo y preguntó:

—¿Contento y satisfecho?

—¡Por desgracia le ocurrió un leve contratiempo, recibió una herida en el brazo!

Lanzó Ward una sorda exclamación de dolor y de cólera y sin querer escuchar una palabra más, precipitose escaleras arriba.

Un momento después, penetraba

en el despacho de su hermano, quien llevaba el brazo en cabestrillo.

—¡No es nada, no es nada, pequeño! — se apresuró a declarar tendiendo la mano diestra a su hermano.

—¿Quién le hizo?

Enzangoróse de hombros Ben y luego dijo:

—Se trata de un balazo que pudo atravesarme de parte a parte y que no hizo más que agujerearme el antebrazo sin rozar siquiera el hueso... Por lo tanto, es una herida sin importancia...

—¿Y no comes a tu agresor?...

—No lo has detenido?

—No sé quién es!

—¿Ni lo sospechas?

—Probablemente fue Fayette!

Por lo menos así lo asegura Holth, uno de los denunciados que vinieron aquí... Ambos me esperaban en la estación de Twin Star. Durante los tres primeros días hice ciertas averiguaciones relacionadas con Danton Fayette. Todo el mundo lo cree un hombre tímido y hostil...

Al cuarto día, cuando me dirigía, acompañado de Holth hacia la finca del presunto culpable, encon-

tramos en un tronco de árbol el silencioso rebulir:

*Prohibida el paso
Tercero de Danton Fayette*

«— ¡No dé usted un paso más! exclamó mi guía Holth—. ¡Ese hombre es una fiera y nadie puede despreciar impunemente este aviso!»

«— ¡Bah!—dijo yo—. ¡Nunca es el león tan fiero como le pintan!»

«— ¡No desoiga mi consejo, señor!— insistió mi acompañante—. Se arrepentiría usted en seguida tal vez, pues el infame Fayette suele estar emboscado para castigar a cuantos se atreven a pasar su finca. ¡Yo no le acompaño ni un paso más!»

«— ¡Espéreme, pues, aquí!— respondí y resumió la marcha... Pero no hubo andado mi caballo veinte pasos cuando percibí una detonación y en seguida un vivo dolor en el brazo...

«En vano procuré descubrir a mi agresor... Quien compareció ante mis ojos inmediatamente fué Holth diciendo:

«— ¡Ha sido Fayette! ¡Yo lo he visto disparar! ¡Yo lo he visto huir al galope!»

«Como la herida me convertía en un hombre poco menos que balbardo, decidí suspender las pesquisas y regresar a tu lado, querido Ward...

El delegado Stanley, que había

entrado en el despacho de su jefe tras el joven Austin, declaró:

Hoy mismo saldrán para Twin Star dos hombres con el encargo de capturar a Fayette y traerlo aquí vivo... ¡si es posible!

«— ¡Y por qué se ha de capturar a Fayette?— exclamó el jefe de la policía—. ¿Quién puede asegurar que fué el quien me hirió?»

«— ¡Lo asegura el delator Holth!»

«— ¿Quién se equivoca!»

«— ¡Ah!— exclamó Ward—. ¡Cuán pronto descubriría yo la verdad si admitiesen mi ingreso en la policía! ¡No te parece muy extraño, Ben, que uno de los acusadores de Fayette no se hallase contigo cuando te hirieron?»

Encogiose de hombros el interrogado.

«— ¡No puede decirse de esa ausencia nada sospechoso! ¿Qué interés podía tener aquel individuo en agredirme?»

«— ¡Eso es lo que averiguaré!»

«— Tú!»

«— Sí, hermano mío... ¡Y es inútil que te opongas porque esta vez quiero vengarte y no te obedeceré! Como un ciudadano cualquiera, pues, haré las averiguaciones y pesquisas necesarias hasta descubrir la verdad, y cuando consiga mi objeto y el culpable sea detenido, ¿quién podrá impedir que ingrese en la policía secreta?»

VI

A pesar de que la semblanza moral de Danton Fayette aparece en lo que llevamos escrito trazada con rasgos algo siniestros, lo cierto es

que se trataba de un hombre rudo, es verdad, pero honrado y amante del trabajo.

Su hija Carlota, una bellísima jo-

ven de dieciocho años, era la única alegría de su vida.

Aquel día, como de costumbre, al despedirse de ella, Fayette hizo a la linda muchacha la precavida advertencia:

— ¡Tengo que alejarme, durante unas horas, hija mía! Si estando yo ausente viniera alguien, desconfía de él y recíbelo con el rifle al alcance de la mano...

— ¡Márchese tranquilo, padre mío!—respondió Carlota—. ¡Y no piense en que pueda ocurrirme nada malo!

Danton Fayette subió a caballo y unos instantes después desaparecía entre un espeso bosque, en dirección opuesta a la en que avanzaba un arrogante jinete.

Obediente a las recomendaciones del autor de sus días, Carlota apenas divisó al desconocido apresuróse a requerir el rifle, de modo que cuando el recién llegado echó pie a tierra, junto a su rústica morada, la valerosa joven le preguntó en francés:

— ¿Qué quiere usted? ¿No dé un solo paso adelante!

El viajero, que no era otro que Ward, declaró:

— ¿Qué idioma habla usted, hermosa señorita, que no entiendo una palabra?

— Si no entiende usted el francés, le hablaré a usted en inglés—prometió Carlota expresándose ya en ese lenguaje.

— Perfectamente, señorita! ¡Hable usted lo que le plazca, en la certeza de que yo la he de oír con embelago y encantado... si el rifle permanece callado!

— ¿Quién es usted y qué viene a hacer aquí?

— Venía con la intención de comer algo.—dijo Ward sonriendo—,

pero se me ha quitado el apetito al ser recibido por usted de una manera tan... dulce y amable.

— Si no es más que ese el motivo que ha guiado sus pasos a esta morada, ya puede alejarse porque esta casa no es una fonda.

— Y la obedeceré a usted como el más sumiso esclavo; pero antes, señorita, quiero demostrarle que no debe usted temer de mí nada malo...

— No necesito que se esfuerce usted en ello, ni tampoco me gusta que me mire usted con tanta fijez...

— ¡Señorita, la miro así y no me cansaría de mirarla nunca... porque es usted la mujer más hermosa que han admirado mis ojos! ¿Me cree usted?

— ¡Cree!—dijo la joven sonriendo—que esas mismas palabras las habrá usted dicho Dios sabe a cuántas mujeres!

— ¡Absolutamente a ninguna, señorita!—afirmó Ward—. Pero... ¿tengo yo cara de embustero?

Los negros y rasgados ojos de Carlota se fijaron en su interlocutor con expresión.

Ciertamente, aquella fisonomía de tan correctos y varoniles rasgos, revelaba lealtad y nobleza.

Sin embargo de ser esa su opinión, exclamó:

— ¡Bah! No soy tan cándida como acaso imagine usted.

— ¡No imagino ni supongo nada, señorita! ¡Cree que es usted una maravillosa flor de bellén y lo confieso sin ambages ni rodeos!

— ¡Alguien se acerca!—añadió oyendo rumor de pasos.

— ¡Sanlo cielo! ¡Si es mi padre, aquí va a ocurrir algo grave! ¡Que no lo vea! Entre y escondate usted. Mi corazón me dice que es usted



... hizo de un modo explícito sus graves manifestaciones...

un hombre leal y honrado... y no se equivoca. Pero mi progenitor tiene un carácter tan pronto como violento y es preciso evitar yo que sé cuál desgracia.

Ward obedeció la invitación que la bellísima muchacha le hacía con acento tembloroso de ansiedad, desapareciendo en el interior de la rústica morada.

En el mismo instante aparecieron en un estrecho sendero dos personajes ya conocidos de nuestros lectores.

Eran Holth y Sims.

Los dos bribones, que habían visto alejarse al galope al temible dueño de la finca, decidieron aprovechar la ocasión para obligar a la hija de aquél, amenazándola de muerte, a confesarles dónde estaba escondida la mina de oro que poseía y explotaba su progenitor.

Por eso, apenas llegados junto a la hermosa e intrépida muchacha, la ordenó Holth:

— ¡Ahora mismo, linda paloma, vas a decirnos dónde se halla la mina de oro de tu padre! ¡Pronto, preciosa... obedece... pues sería una lástima que tu torcido silencio nos obligase a hacerte papa!.

Carlota retrocedió unos pasos,

temblando de coraje... Los siniestros visitantes intentaron apoderarse de ella, pero detuvieronse.

Ante sus ojos, agrandados por el miedo y el estupor, vieron surgir un hombre que les apuntaba con un rifle y preguntaba:

— ¿Que voulez vous? ¿Entienden ustedes el francés, verdad? ¡Pues hárquense ustedes como alma que lleva el diablo si no quieren saber la voz que tiene este chisme que los está mirando!

Holth respondió:

— Usted no es el amo de esta finca y, por lo tanto, no tiene derecho a echarnos de aquí.

— ¡Soy el amo de este rifle y eso basta! ¡Obedezcanme, pues, o los tiro putas arriba!

Tan amenazadora era la expresión del rostro de Ward, que los dos granujas, convencidos del mortal peligro que corrían sus inmundos pellejos, no se hicieron repetir dos veces el mismo mandato.

Pero no se alejaron mucho trecho lejos de sus respectivos corceles, sino que internándose en un bosque cercano, allí quedaron, al acecho, dispuestos a renovar sus frustrados y malvados propósitos.

Entretanto, Carlota, con un acento vibrante de gratitud, daba al guapo forastero las gracias por su oportuna intervención.

Luego recomendó que se alejara porque su padre no podía tardar mucho rato en volver a la sencilla y rústica morada.

Ward Aselin respondió:

— ¡No puedo resistir el ruego salido de esos labios y la súplica que también expresan sus divinos ojos! Sin embargo, prometo volver por aquí... ¿Cuándo? Esto depende de las circunstancias... ¡Ah! ¿Es aquél su padre? — añadió extendiendo el

brazo hacia un hombre que se acercaba al galope de su caballo.

—¡Sí, sí, es él! ¡Reina de los cielos!

Ward cogió por la brida su corcel y a los pocos instantes cruzóse con el que cabalgaba Fayette. Esto lo detuvo en seco, y mirando de una manera severa al desconocido le aconsejó:

—No sé quién es usted, ni lo que ha venido a hacer en mi finca... Tampoco me importa saberlo... Pero sea quienquiera, no olvide la orden que voy a darle yo, Danton Fayette!

—¡En su vida vuelva usted a poner los pies en estas tierras!

—¡Pues yo también quiero darle a usted un consejo, Danton Fayette! El siguiente: proteja usted su casa y a su hija con celo y cuidado. ¡Se lo digo yo, Ward Austin!

—¡Pero yo necesito y debo saber la causa y el motivo que le mueven a usted a darme ese consejo!—advirtió Fayette.

Reflexionó Ward unos momentos y respondió por fin:

—¡Se lo diré a usted cuando se presente ocasión oportuna! Quizás hoy mismo.

—¡Lamentación! ¿Qué significa eso? ¿Ha oído usted un grito de mujer?

Ward hizo un gesto afirmativo.

—¡Mi hija está en peligro!

—¡Tal vez!

—¡Que se encuentre en los infiernos—rugió Fayette—el que ha asustado y amenaza a ese ángel de bondad y de luz!

E intentó echar a correr hacia su vivienda, pero Ward le retuvo con puño de hierro, asegurándole:

—¡Tranquílese, pues a su bella y virtuosa hija no la amenaza un peligro tan iminente y grave como el que usted supone!...

—¡Crédame, Fayette! Vengase conmigo y con andar cauteloso, a paso de lobo, acercuémonos a su morada.

VII

Unos momentos después, los dos hombres oían decir a alguien:

—¡Ea, monona! ¡Revelanos el secreto de la mina de tu padre... ahora que no está ya aquí tu defensor!

Con la rapidez del rayo apareció ante los bribones Fayette, diciendo:

—¡Lo diré yo!

—¡Delante de mí!—añadió Ward, que encañonaba su revólver hacia la codiciosa pareja, añadiendo: ¡Pero no cometan ustedes la ton-

tería de querer huir o defenderse!

El astuto Holth añadió:

—Hechos venido no a saber dónde tiene su padre la mina de oro, sino a obligarla a confesar que fue él quien disparó sobre el policía Ben Austin.

—¡Infame impostor! ¡El cobarde agresor fué tu compadre, ese hombre, ese infame, ese hijo de perra! ¡Lo vieron mis ojos!

Y yo lo creo!—afirmó Ward.

—Por lo tanto, quedan ustedes dete-

nidos en nombre de la ley. Alarguen esas manos, que las quiero adornar con unas pulseras de acero.

— ¡Pronto, o por lo que más quiero en este mundo que les abraza las entrañas!

Cuando se vieron los dos aventureros amañillados y reducidos a la impotencia, Holth dijo en voz baja a su compañero:

— ¡Ya te dije, Sumps, que no era cosa fácil engañar a la justicia!

Entretanto, Ward preguntaba a la hermosa Carlota:

— ¿Luego de llevar estos malsines a la cárcel querrá usted que venga a verla?

— ¡Oh, sí!

— ¿Me esperará con impaciencia?

— La esperaré con el corazón lleno de gratitud y...

— ¡No se interrumpa! Dígame, aunque sea en francés, esa palabra divina que no han querido pronunciar sus labios, la palabra más hermosa que tienen todos los atomos de la tierra... la palabra maravillosa de sublime encanto... ¿Amor?

P I N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL VALIENTE DE LA PRADERA

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 16. El «Guapo del rancho R.» |
| 2. Contra viento y marea. | 17. Los falsificadores. |
| 3. El valle del misterio. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 4. El rey de los jinetes. | 19. Veloz como el rayo. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 20. Perdido en el desierto. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 21. Los cuatrerros. |
| 7. La ley del tortazo. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 8. El culpable. | 23. Por defender a una mujer. |
| 9. De señorito a vaquero. | 24. El fantasma del rancho. |
| 10. El «Cavilán de la Pradera». | 25. De cara a la muerte. |
| 11. Ladrones de ganado. | 26. Buscando la revancha. |
| 12. El valiente. | 27. Astucia rural. |
| 13. El «Pirata del Desierto». | 28. Armandó gresca. |
| 14. El crimen ignorado. | 29. A sangre y fuego. |
| 15. La ley del revólver. | |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Llaneros, 189 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rotafort, 225. — Barcelona.